

SENTIMIENTOS DE UNA PENTATHLETA

Jhoana Chaidez

Derechos de autor © Marzo 2023 Jhoana Chaidez

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

*A mi estimado Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario,
especialmente mi Zona XXV Sinaloa.*

«Trata de darle a la Patria más de lo que tu vida merece».

IDEARIO PENTATHLONICO NÚM. 1

PRÓLOGO

Bienvenidos sean queridos lectores, a mi historia de vida dentro del Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario, una organización civil militarizada con ideología de carácter nacionalista y de formación ciudadana.

Cabe aclarar que Pentatlón no pertenece a las fuerzas armadas mexicanas, ni le hace la competencia, tan solo nos inspiramos de ellas para desempeñarnos.

He decidido llamar a este libro "Sentimientos de una pentathleta", ya que narro aquellas vivencias en esta escuela. Aunque más allá de solo experiencias, las uno con sentimientos y emociones que fui sintiendo día con día.

Deseo aclarar que los nombres de los personajes son ficticios, solamente mi nombre es real. Con la intención de evitar malos entendidos entre los participantes de mi historia de vida.

El propósito de este contenido es contribuir al fomento del amor a la patria mexicana mediante los valores y la disciplina militarizada impartida en Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario (PDMU). Inspirar mediante mis vivencias a convertir la nación en un sitio mejor para cada uno de los mexicanos, en la búsqueda de los sueños y el alcance de estos con esfuerzo y trabajo.

Esta obra es un claro ejemplo de fomentación del amor patrio, de la exaltación de los valores humanos, de la valoración de la nación desde sus raíces hasta su gente. Este libro fomenta la cultura nacionalista en una juventud que en ocasiones se encuentra perdida en un mundo materialista y tecnológico.

Esta historia fue escrita porque mi ser me lo pidió, era una necesidad de expresarlo, pues son hechos reales, de algo que surgió y quizá culminó o renació. Tenía que plasmarlo, dejar ese legado dentro de las filas del Pentatlón, debía romper ese esquema de miedo a exponer mis vivencias, yo sé que esto puede inspirar a un sin número de personas.

Debo admitir que nunca hubiese sido una oso gris, si hubiese esperado que los otros me dijeran que soy capaz, si hubiese preferido la vida comodina de una juventud somnolienta, si la disciplina hubiese sido mi enemiga...

Tan solo deseo que el legado de un amor patriota se haga relucir en cada letra. Que esa chispa de inspiración se expanda desde los inicios hasta el final.

Capítulo 1. Oso gris más allá de la eternidad

Oso gris fui. Haber sido pentathleta puede parecer lo más asombroso de mi vida, junto a la playera gris con el logo institucional que llevé puesta, ambos aspectos me entusiasman. Mis días de recluta significaron un cúmulo de destellos que explotan como estrellas en el cielo. Cada vez que porté el uniforme era una aventura del más allá, del universo mismo. Haber llegado a superar mis temores, nunca había sido una posibilidad tan descarada en mi vida. Mi mejor día en Pentathlón fue aquel que viví desde lo profundo de mi corazón. Las tinieblas son el depósito de la debilidad propia, que va más allá de mí. La emoción más tentadora del elemento es la muerte, siendo un oso gris divisado como una eternidad pura. La fuerza de los vientos cuando marchaba no era de lo más normal. Los sonidos de los latidos del corazón aceleran la emoción en el ser. Pero hay vacíos que trascienden en el eco del alma. Sí, quizá sean sentimientos de un pentatleta, que trasciende con amor e ímpetu. El coraje recorre mis venas y sucumbe en lo más íntimo de ellas. La elevación celestial con la terrenal es un éxtasis divino. La caricia del entusiasmo juvenil del pentatleta es esplendorosa, te olvidas hasta de ti mismo, es sumergirse en la libertad suprema que Dios designa a sus hijos, aquella libertad donde los límites desaparecen. Cuando estoy en firmes, los vientos recorren mi cuerpo pesado, la felicidad toca las puertas de mi ser y la emoción del taconeo de las botas son indescriptibles. La dicha ya no es una opción, es una compañera de vida. Todo lo abominable se desvanece, el gozo se corona sobrenaturalmente. El sufrimiento se ve tan distante entre los elementos en formación, como si se despidiera eternamente de mí. La plenitud y júbilo de la extraordinaria aventura son interminables. Soy tan soñadora que tengo la certeza de haber encontrado la pasión de mi vida. «Las flores de amor del arte de la guerra», así llamé la experiencia que viví. La inspiración y anhelo son más interminables que el infinito. De una cosa estoy más que segura, Pentathlón fue creado para mí y yo fui destinada para él. Lo maravilloso se queda corto. La emoción gozosa eriza la piel y renuncia a la mediocridad. Brincos de alegría indescriptibles se suceden con ilusiones llenas de inocencia. Disfrutar los días de instrucción fue magnífico, representó darlo todo o nada, yo prefiero morir como pentatleta que vivir desolada. La Patria me necesita como su hija, sí, Pentathlón es mío...

Capítulo 2. Amor por un uniforme gris, azul y negro

Soy Jhoana Chaidez, tengo 19 años de edad, como todos lo saben pertenezco a Culiacán, Sinaloa, México. En mi corta edad, por comentarios de muchos, he tenido una trayectoria en «uniformes de tinta en papel», ¿a qué me refiero con esto? Soy escritora, perteneciente a Asociaciones de Escritores Nacionales e Internacionales, he tenido la oportunidad de charlar con escritores con gran trayectoria literaria, he colaborado con proyectos de otros países de Latinoamérica y con España, entre otras actividades.

Sin embargo, he escrito lo anterior unas cuatro veces, lo tacho y lo vuelvo a plasmar, no me termina de llenar, por más reconocimiento que pueda tener, nada se compara con mis días como pentathleta. Esos días bañados de júbilo y gozo.

Les narro un poco de mí. Viví un pasado escabroso, producto de situaciones familiares, sociales y propias. Quizá lo olviden entre tantas letras y palabras que se forman, pero yo tengo un diagnóstico psiquiátrico, depresión y trastorno psicótico.

Me enamoré con tan solo diez años de edad, se puede decir, al menos eso creo, que fue mi primer amor, ¿quién? La milicia. Esta se encuentra envuelta por destellos que explotan como estrellas en lo alto de los cielos, yo siempre he dicho que tiene una magia especial que trasluce mi corazón. ¿Qué ocurre cuándo pienso en mi amado mar? La magia marinera deja un cosquilleo que surge desde lo bajo y se transporta hasta las alturas. Esa magia que sabe a brisa de mar, a sal sumergida en aguas, a sirenas entre las olas, a rayos del sol caer y reflejarse. Amo la milicia y el mar, son la combinación perfecta de plenitud.

Conocí Pentathlón Deportivo Militarizado Universitario con trece años de edad, era una estudiante de secundaria técnica, y justo donde estudiaba, se encontraba una de las bases de la institución de carácter militar, sí, la Unidad Teniente Gonzalo Hidalgo.

Aún recuerdo que pasaban a las aulas a invitarnos a formar parte de los osos grises, término que se refiere a la mascota representativa de la institución.

Yo cuando los veía deambular por los pasillos de mi escuela, los contemplaba con envidia y odio, los detestaba, pero ¿por qué? Creo que era envidia de que ellos aportarían algo a su Patria, en cambio, yo me dejaba ganar por el miedo y la cobardía.

Tengo un recuerdo tan opaco de mi gran profesor de inglés, Paco, un hombre mayor, de gran sabiduría y amor por lo militar, bueno, en realidad nunca lo expresó abiertamente, sin embargo, sus acciones hacían vibrar mi corazón, sabiendo dentro de mí que su sueño frustrado había sido uniformarse. Cuando algo trasciende en mí, es porque tengo la certeza de que esa persona es luz, y entonces tomó su legado como fuente de inspiración. Lo admito por más que trato de ignorar ese éxtasis, se mezcla en mis pensamientos e ideales. Volviendo con lo del profesor, un día propuso al grupo armarnos de valor para acampar en Imala, que queda cerca de la ciudad de Culiacán, así que preguntó «¿Alguien de este grupo pertenece a Pentathlón?», todos se quedaron callados, sin embargo, una compañera de nombre María del Carmen, levantó la mano, diciendo «Yo pertenecí cuando era una niña». ¡Dios mío! «¿Acaso tú ya cumpliste mi sueño?» decía entre mí llena de rabia. No podía creer que alguien sin amor al medio militar ya hubiese cumplido mi sueño y yo que moría por un uniforme. ¡Esa maldita tristeza que me llevaría a mi condición mental de ahora!

Posteriormente, mi prima Bertha se convierte en pentathleta junto con sus amigos. ¡Jesús mío! Amargo coraje y celos me ocasionó verlos uniformados con sus botas, parecían militares. Y yo aún con mis inútiles temores. Pues mi prima subía fotos con sus reconocimientos de ascenso a cadete de infantería, con su playera institucional, sus botas, y gorra militar. Se veía tentador ese uniforme. Aún más se despedazó mi corazón cuando la mejor amiga de Bertha, llamada Josefina, iba a los campamentos que organizan en la playa, lucía exótica en sus fotos, por el simple hecho de los rayos del sol caer sobre su gorra y que le daban a sus botas un toque exuberante. ¿Imaginan cómo me sentía? Yo vivo para el mar y el medio militar, y el simple hecho que ella estuviera cerca de mis dos motivos de alegría, enfureció mi ser.

Además, el compañerismo que me transmitían las imágenes, era divino, era un cielo mismo, como aquel cielo que sientes cuando te sientas frente al Sagrario en la Iglesia, a contemplar al Amado, escuchando resonar en tus oídos la voz de una persona mayor, que te causa melancolía por el simple hecho de recordar a tu abuelo y saber que los días de esa persona son tan contados como los dedos de mi mano. Tal y como lo describo, así se sentían esas imágenes en redes sociales. La misma Josefina, postuló para la Escuela Médico Naval de la Marina Armada de México, que está en la Ciudad de México, nervios me ocasionó que ingresara, permaneciera y egresara de la misma, ¡qué envidiosa era! Pero era un temor de fracaso y hundimiento propio, de ver a otros triunfar. Lamentablemente, así lo defino hoy, no fue apta académicamente, por lo que fue eliminada del proceso de ingreso para ser médico naval. Algo similar sucedió cuando mi primo Lalo postuló para la Escuela de Enfermería Naval, ¡le deseé lo peor! Ahora me arrepiento de la peste de persona que me convertí por un sueño. Él tampoco quedó, no fue apto académicamente para convertirse en enfermero naval. Recuerden que mi sueño era ser cadete del cuerpo general en la Heroica Escuela Naval Militar.

Regresando al tema del Pentathlón. Pasaron los años, tiempo que hoy nombró como perdidos. Todas las personas que envidié algún día no perseveraron en el medio, «quizá no tenían la suficiente vocación y terminaron traicionando a su institución y Patria» pensé, puesto que hicieron un juramento y alcanzaron el grado de cadete de infantería.

Llegó el momento en que enfermé mentalmente. Mi psicólogo en el ISSSTE, me instó a ser cadete de marina, mi gran sueño. A lo que me propuso ingresar a un grupo de jóvenes, primeramente, pensó en una parroquia porque soy católica, pero ese intento fue un fracaso. Así que me reafirmó ingresar a otro grupo, ya sea deportivo, de arte o de otra índole. En los pensamientos de mi madre se vino Pentathlón, ella sabía que la Unidad Teniente Gonzalo Hidalgo quedaba a una calle de mi casa, aspecto que yo no sabía. Así que le dijo al psicólogo: «Esta Pentathlón, yo puedo ir a preguntar, y será genial porque a Jhoana le apasiona lo militar». Me pareció estupendo en mi interior, pero tenía suficiente miedo de exponerme a los demás, que no les agradara, que no me supiera desempeñar en el medio. Tenía 16 años, en aquel entonces. Tengo lúcidos recuerdos de cuando fui a la exposición militar «La gran fuerza de México», que organizó la Secretaría de la Defensa Nacional en mi ciudad, me tomé bastantes fotos en todo lo que veía, aunque mi sueño estaba apagado por causas de la depresión misma. Incluso tengo una foto con un casco y chaleco antibalas, la cual guardo con aprecio. También tengo otra arriba de un helicóptero como si estuviera maniobrando. Mi psicólogo me dejó de tarea grabar videos fingiendo la voz para experimentar. Mi primer video realizado fue sobre las carreras de la Heroica Escuela Naval Militar, el segundo sobre mi experiencia en la exposición militar y el

tercero lo planeé que fuera sobre mi primer día en Pentathlón. Todo parecía magnífico, suficiente para salir de la tristeza que me hundía.

Mamá, fue a preguntar al instructor Santiago, el comandante de la banda de guerra de la unidad. Él con mucho gusto dijo que me aceptaban, que cualquier edad era apta y que me presentaría el fin de semana siguiente, a lo referente al uniforme, primero debía saber si me agrado quedarme. Llegó el fin de semana, estaba ilusionada, pero algo ganó, sí, triunfó el temor, las lágrimas, el misterio, la depresión... En pocas palabras, no fui. ¿Qué le diría a mi psicólogo? Le dije la verdad, él entendió, me iba a ayudar a integrarme a un grupo de jóvenes de una parroquia que él conocía. Todo sucedió tan rápido que dejé de ir con ese terapeuta, cambié de hogar, llegó la pandemia por COVID-19 y al mismo tiempo el confinamiento.

En casa, comencé a practicar ejercicios de la Guardia Nacional de YouTube. Entre tanto amor por el ejercicio, por suerte, o quizá no tanta suerte, sino bendita casualidad, me encontré con el acondicionamiento físico de los elementos de la unidad de Culiacán del Pentathlón por medios digitales. Se llamaba Tiana la que impartía los ejercicios, quién en un futuro sería mi instructora. Imitaba cada movimiento por más pesado que fuera, mi cuerpo se fue adaptando a las fuertes rutinas, aspecto que contribuyó en mi ingreso. Observar detenidamente el uniforme de la sargento segundo Tiana, enriqueció más mi gusto por lo castrense. No sé por qué razón, soy tan sensible a este uniforme de color gris, azul y negro.

Me propuse ingresar, admito que papá no estaba de acuerdo, pero algo movió su corazón, quizá le conmovió mi pasión ardiente por el medio militar. Al final cedió tanto que iba a sentarse en las bancas del cuartel junto a mamá, a observar a su hija y a sentirse orgulloso de ella.

Un día viernes, le dije a mi padre con sinceridad que quería ser pentathleta, él se molestó diciendo que era un ambiente de varones y rudo para mí. Eso rompió mi corazón, comencé a llorar y pensamientos confusos se disiparon en toda mi cabeza perturbándola. En fin, creo que eso conmovió su corazón porque más allá de dar lástima, transmití ese amor patriota y ese hermoso gusto por el uniforme. Cuando sucede y se forja algo en el corazón día tras día, sin duda se transmite a otros.

Entonces, al día siguiente, sábado, cuando estábamos fuera de un puesto donde vendían tortillas de harina. Mamá fue a comprarlas, nos quedamos papá y yo en el automóvil. Yo seguía irradiando eso sin parar en el ser. Por el retrovisor mi padre me pregunta: «¿quieres acudir al Pentathlón?», apenas terminaba la pregunta, respondí llena de ilusión y deseos que sí. Hasta allí quedó la conversación. Se volvió a abrir en casa por la noche con la misma pregunta, solo que llegamos al acuerdo de que asistirá al día siguiente, es decir, el domingo. ¡No me lo podría creer! ¿Acaso ya sería completamente feliz? Era demasiado pronto, una decisión radical, pero era mi momento perfecto. Me apresuré a decirle a mamá y a mi hermana Soledad. Busqué un pantalón deportivo, una blusa blanca y tenis del mismo color para presentarme al día siguiente. Y claro, alisté mi mochila con una libreta pequeña como la palma de mi mano con algunos lápices y borrador. Asimismo, eche mi botella de agua, pues sería una jornada dura.

Yo tenía un deseo al ingresar a Pentathlón, estar en formación con mi grupo, en firmes y saludando militarmente a mi Bandera Nacional con las notas de la banda de guerra, resonando en mis oídos y sobre todo en mi corazón. Entonces, desde esa posición tan insignificante, pero tan extasiada, sentirme realizada y dichosa de cumplir mis sueños, de desarrollar mi vocación

militar, de estar contribuyendo desde mi juventud a mi patria mexicana. Creí que en mi primer día ese sueño se materializaba, pero ya veremos.

Capítulo 3. La plenitud que tanto deseé

Aún recuerdo mi primer día siendo pentathleta en la unidad Edgardo del Rincón Camacho, un siete de mayo de 2021. Era un domingo y desde el alba fue un día muy especial. Los nervios revolucionaron mi cuerpo, era novedad y temía hacer el ridículo como novata. Mis padres me dejaron en el cuartel, había niños y jóvenes de muchas edades. El hecho de ver a mujeres portando el uniforme erizó mi piel y dentro de mí se entonó esta frase una y otra vez sin cesar: «Yo quiero ser como ellas».

Mi sargento Tiana Hernández, la misma de los ejercicios en YouTube, se acercó a mí y me anunció que ella sería mi instructora, ya que formaría parte del grupo mayor. Me dio una hoja de inscripción, creí que podría llenarla, pero comenzó el conteo del uno al diez, nos apresuramos a formarnos, nos pasaron revista y se indicó que tendríamos clase de rapel. ¡Rayos! ¿Rapel? Era la primera vez que tomaría clases de ello, menudo asombro me lleve. El sargento Villarreal nos explicó la teoría de este deporte extremo. Luego mi instructora fue la primera en hacer dicho ejercicio para transmitir sus conocimientos, contando con cinco años en la institución. Posteriormente, fue turno de mi cabo Marcela, lamentablemente su procedimiento no salió bien, cayó desde la altura hasta el suelo, por fortuna no se lastimó, pero su uniforme estaba roto. Después voltearon a verme mis sargentos, indicando con sus miradas que continuaba yo, ¿imaginan que me esperaba a mí que era apenas aspirante? Sentí tensión, como mencioné era primeriza en rapel y justo lo tenía que hacer en mi primer día. Lo intenté sin quejarme y con una tranquilidad serena, la adrenalina se sintió y la emoción recorrió mi alma por todos los rumbos. El sargento Villarreal pidió a mi cabo Marcela que se quedará abajo por si acaso sucedía un accidente. Me coloqué en posición, hice los procedimientos adecuados en el arnés, la cuerda, el descensor, el anillo de cinta, el cabo de anclaje, los mosquetones, guantes y casco de protección. Fui descendiendo poco a poco, lentamente, hasta llegar al suelo. Me impresioné, lo hice bien. Mis instructores me felicitaron por la valentía e incluso me preguntaron si ya tenía experiencia en alguna escuela militarizada, mi respuesta fue negativa.

Tuvimos un descanso de diez minutos, conocí a una compañera recluta de nombre Nadia, mi segunda «sombra», es decir, aquella que te apoya y te echa la mano para enfrentar lo difícil del medio, la que te acompaña en las buenas y en las malas, aquella que cuando vas atrás en el trote te echa ánimos. Estábamos sentadas en una banqueta del cuartel, no nos percatamos que nuestra sargento y cabos se reunieron en el conteo del uno al diez, llegamos tarde por unos segundos, eso es digno de una sanción, pero por ser mi primer día quedé exenta de ello. Nos integramos a formación.

La segunda actividad fue instrucción militar o también llamado orden cerrado. Primero, la instructora nos acomodó por orden de grado y uniformidad, quedando al final del pelotón. Cuando comenzamos, comprobé que era mi vocación porque estar marchando, desarrollando cada movimiento me hizo sentir plena y mi mente se trasladó a otro mundo. Era una mezcla de taconeos de botas, órdenes de la sargento, el sonido de los motores en la calle, los cantos de los pajaritos, en sí, todo era conmovedor, suficiente como para entrar en un éxtasis. La sargento Tiana me enseñó de forma general el orden cerrado y dijo: «Tú te quedarás en el Pentatlón toda tu vida, estoy segura». La certeza de sus palabras, me hizo sumergir en una libertad suprema, sentí que trascendió mi alma. Ahora que ya no formó parte de los osos grises, siento que

defraudé la eterna palabra de mi sargento. Tan solo deseo algún día volverla a encontrar, y yo con el uniforme número 1 del personal femenino saludar militarmente y decirle: «Mi sargento (o el grado que ella adquiriera), aquí estoy aún en Pentathlón, sus palabras me motivaron, pero su ejemplo día con día me inspiró, usted es forjadora de sueños, gracias por confiar en mi vocación militar».

Volviendo a mi primer día de instrucción. Al finalizar el orden cerrado, mi desempeño no fue el mejor, aunque era aceptable para ser aspirante, la sargento me felicitó a comparación de otros. Eso seguía ilusionando el ser de una joven patriota.

Continuó el acondicionamiento físico en el suelo de tierra con ejercicios sobre abdomen. La instructora me aconsejaba mejorar en mis movimientos para evitar lastimarme.

Para culminar nos dio una charla para familiarizarme con el medio. Recalcó que utilizar la playera institucional era una responsabilidad y no cualquiera la portaba, era un compromiso y yo estaba dispuesta a tomarlo con ansias y terquedad. Nos platicó de los grados y otros aspectos como el buen comportamiento al exterior de la institución, porque Pentathlón genera una buena imagen en la sociedad, nos ven como los soldaditos. Finalmente, se presentaron mis compañeros, la cabo Marcela y el cabo Fernando. Mi compañera Nadia ya se había marchado porque su madre la recogió.

Así culminó mi primer día, toda empapada de tierra, pero tremendamente plena, haciendo lo que amaba. Cuando salí del cuartel, contemplé desde lejos la gran lona que decía en letras negras «Pentathlón Deportivo Militarizado Universitario, Zona XXV Sinaloa», pude saber que había encontrado mi lugar después de tantos años y que era a donde pertenecía. Si hubiera hecho caso, a los comentarios negativos de otros nunca hubiese sido pentathleta. Pues recuerdo que mi mejor amiga de la secundaria se burló de mí por confiarle ese sueño de ser oso gris.

Capítulo 4. Nuevos descubrimientos

Mi segundo día en esta maravillosa institución fue un sábado 13 de mayo. Cuando llegué había nuevos compañeros, bastantes a comparación del domingo anterior, entre ellos estaba mi cadete Laura, una compañera que me agrado, conversamos, y me ayudó a adaptarme.

Primeramente, la sargento nos reunió con el conteo para pasar revista, me apresuré, ya sabía el truco y no quería sanción en mi segundo día.

La primera actividad del día era orden cerrado, en palabras coloquiales, marchar. Ya no éramos un pelotón, sino una sección. Mis compañeros tenían años en la institución y solían equivocarse, claramente la sargento nos corregía de acuerdo a la antigüedad que llevábamos. Les llamó la atención casi a todos, excepto a unos cuantos incluyéndome. Practicamos paso redoblado, paso atrás, a discreción, en descanso, paso de camino, marcar, paso corto, marcar el paso, entre otros movimientos. Estar ejecutando cada uno es una adrenalina pura, puesto que tu cuerpo lleva a cabo ciertos movimientos y tu mente al mismo tiempo escucha órdenes del instructor, tienes que coordinar entre lo que dicen y haces, es confuso explicarlo, pero es hermoso vivirlo. Entonces tienes que seguir las instrucciones ordenadamente y hacerlo sobre todo correctamente, con fuerza y porte. Y si te equivocas, llega la llamada de atención o la corrección.

Posteriormente, mis compañeros fortalecieron sus conocimientos en bolear las botas y yo por ser la nueva estaba aprendiendo, a pesar de que aún no portaba el uniforme.

Por último, nos acondicionamos físicamente en ejercicios de brazo, haciendo lagartijas, plancha, burpees, entre otros. Mis padres llegaron y se sentaron a lo lejos en unas gradas cerca del cuartel, yo era una entre muchos elementos tanto varones como femeninos. Cuando noté la presencia de mis papás, sentí como el orgullo guerrillero los tomo de asombro, di lo mejor de mí. Mi cadete Laura me enseñaba algunos ejercicios nuevos para mí, la mayoría ya los conocía por medio de los videos de la Guardia Nacional.

La noche se adueñó y el cielo despejado se tornó oscuro, un azulado como el pantalón granadero de los pentathletas. Terminamos la instrucción ese día. A lo que me integro con mis padres. Llegué a casa, mamá Hanna me comenta «Tu padre te observó en instrucción, dice que te desenvuelves bien en los ejercicios físicos, incluso recalcó que te vendría bien estudiar educación física, y de seguir así puedes llegar a ser instructora como la sargento, pues lo hacías mejor que algunos varones», esas palabras, sí, esas benditas palabras, me hicieron sentir una identidad más profunda dentro de Pentathlón, con más certeza supe que la sargento no se había equivocado al decir que yo duraría toda mi vida y escalaría demasiados grados militares.

Entre tanto, recuerdo que otra ocasión, que estaba indecisa con la carrera universitaria que escogería, papá Daniel me sugiere «Educación física, se te da muy bien, yo te vi el otro día», ¿no puede ser! ¿Acaso eso era verdad? Sí, ¿Acaso, esa niña de secundaria que el profesor de deportes le recalcó que no jugará porque se lastimaría con torpeza, iba a ser capaz de ser hábil físicamente? Pues admito que papá no sería capaz de mentirme, así que tenía tantas ganas de buscar a dicho profesor de deportes para demostrarle yo misma que ahora era una pentathleta que hacía bien lo que le ordenaban.

Capítulo 5. Desde el rifle hasta el estudio

Se trataba de mi tercer día en la gran y honorable institución, un domingo. Los días sábados era instrucción de cuatro a siete de la tarde, pero este día era domingo, por lo tanto, de 8 de la mañana a 12 del medio día. Llegábamos al cuartel, seguimos los protocolos de sanidad por el COVID-19, ellos tenían encargados del área de sanidad para medirnos la temperatura y echarnos gel antibacterial, y por supuesto, todos con cubrebocas, era regla general y protocolaria, aspecto que era complicado al hacer ejercicios. Como era rutina, comenzó el conteo de uno al diez y pase de revista, es decir, revisar la uniformidad, las botas boleadas correctamente, el peinado adecuado y el pago de la cuota voluntaria. La primera actividad fue orden cerrado, esta la disfrutaba tanto como nadie se lo puede imaginar. A comparación del día anterior fuimos muy pocos, creo que les daba pereza, madrugar, mal por ellos, mientras yo moría con que todos los días hubiese Pentathlón. Nos impartía la sargento los procedimientos de pelotón. Amaba escuchar la voz de la sargento Tiana decir: «Atención, pelotón, reunirse... Alto, ya, firmes, ya, alinearse por la derecha, ya, firmes, ya, saludar, ya, pasos de costado a la derecha, alto, ya, pasos de costado a la izquierda, alto, ya, medio franco derecho, ya, medio franco izquierdo, ya, abrir fila, ya, cerrar fila, ya, paso atrás, ya, alto, ya, complexión a la derecha, ya, ¡no escucho el taconeo de las botas! Alto, ya, complexión a la izquierda, ya, ¡con fuerza, que se note que son pentathletas, con fibra! Alto, ya, al franco derecho, ya, franco derecho, ya, franco izquierdo, ya, hilera a la izquierda, ya, por a la derecha en línea, ya, por el franco izquierdo, ya, franco izquierdo, ya, marcar el paso, ya, alargar el paso, ya, acelerar el paso, ya, acortar el paso, ya, marcar el paso, ya, paso redoblado, ya, media vuelta, ya, columna por dos, ya, columna por tres, ya, hilera a la izquierda, ya, alto por el franco izquierdo». Era toda una serie de instrucciones que emocionaba mi ser por completo. Al finalizar la actividad de instrucción militar, rompemos la formación diciendo con todas nuestras fuerzas «¡fibra!», la instructora decía griten a tal grado que los escuchen las boinas negras, otro grupo parecido a nosotros que tenían su cuartel cerca, solo que con otros ideales.

Después, siguió acondicionamiento físico con ejercicios de abdomen y pierna, puedo decir que se hizo difícil saltar en los escalones con un pie solamente, sobre todo porque de pequeña sufrí un esguince, mis pies no eran del todo fuertes. La respiración aumentó, me atrasaba en el ejercicio de los escalones y sentía que debía darme prisa, era un cansancio, quería rendirme y no volver jamás por la pena, aunque mi sargento Hernández era muy comprensiva, me decía en mis pensamientos «¿por qué mejor no estás en casa, cómoda, dormida? Se trata de un domingo, es para descansar», ignoraba mis pensamientos y reafirmaba mi decisión de continuar porque yo iba con un ideal fuerte: hacer lo que más amaba. Realmente este tipo de medio significa mucho sacrificio, entrega, disciplina... Y yo estaba más que dispuesta a seguir las órdenes.

La clase que tendríamos después era tiro deportivo, no me lo esperaba, cuando menos pensé vi a mi sargento con algunas de mis compañeras, salir del cuartel con los rifles, iban con un porte que no tengo palabras para describirlo, me llenaba de orgullo observarlas con marcialidad y ese empoderamiento femenino. A los elementos de mayor antigüedad les daban un rifle para que lo llevaran al stand de tiro que se encontraba algo retirado, justo a un lado donde hicimos rapel, allí colocamos las dianas y los rifles, nos turnamos para disparar. Los rifles eran color madera, estaban pesados para mí, aunque con el tiempo me acostumbré clase tras clase. Mi desempeño en tiro deportivo no fue bueno, me ocasiona risa de alegría, mis puntuaciones en la diana eran muy

bajas. Me ponía metas en mi mente, ser cadete de primera de infantería, yo quería demostrarle a mi sargento que merecía un ascenso lo más pronto posible. Y esos resultados no contribuyeron a mi anhelo. El instructor de tiro deportivo era un señor, que era como ayudante de esa área, más no un elemento del Pentathlón. Yo estaba muy nerviosa, ¿se imaginan? Era la primera vez que tiraba, temía equivocarme en el procedimiento porque tienes que cargar el rifle con diabolos y disparar con técnicas como controlar la respiración, mantener una buena posición y mover el gatillo de forma adecuada.

Por último, casi culminando la instrucción de este domingo, nuestra instructora nos hizo un examen diagnóstico, a mí me lo hizo más sencillo que a los demás, pues ellos ya llevaban años en los osos grises. Mi examen llevaba preguntas como la mascota representativa de la institución, lema, colores distintivos, nombre completo de Pentathlón, entre otras preguntas muy sencillas. Yo ya me las sabía, pues soy experta en temas militares y más aún si ingresaba a Pentathlón debía conocerlos, yo los seguía en redes sociales y aprendía bastante. Terminé muy rápido de responder. Mi sargento Tiana se sorprendió mucho, me dice sinceramente «pensé que tardarías más, por lo regular se rascan la cabeza y están queriendo hacer trampa, en cambio, usted Jhoana me deja maravillada, ¿por qué sabe tanto de nosotros?», respondí: «Los sigo en redes sociales y allí aprendo. Los conocí gracias a mi prima, ella estuvo aquí hace años, formó parte de sanidad, ingresó por medio del servicio social de la preparatoria».

Capítulo 6. Un año más de vida entre uniformes

Llegó el cuarto día en esta escuela civil militarizada de formación ciudadana, era mi cumpleaños. Era sábado y los horarios de instrucción ya los saben. La rutina de pase de revista como siempre. Posteriormente, la sargento nos anuncia que todos realizaremos un examen diagnóstico avanzado de ideología de Pentathlón y de México, incluyéndome, puesto que ella confiaba que podía enfrentarme a un examen de ese tipo por mis grandes conocimientos. Cuando tuve la hoja de papel frente a mí, admití que sí había aspectos complicados, pero no imposibles de desafiar, solo era cuestión de concentración y hacer memoria de todas aquellas enseñanzas aprendidas en las redes sociales, tanto de ellos como de la Secretaría de la Defensa Nacional y la Secretaría de Marina. Recuerdo interrogantes como escribir el Himno Nacional Mexicano, definición de patria, disciplina y pase de revista, significado de cada palabra del Pentathlón Deportivo Militarizado Universitario, puntos del Ideario Pentathlonico, Mensaje al Pentathlón Femenil y Mensaje al Pentathlón Menor, los cinco puntos del Pentálogo, entre otros aspectos. Al culminar el examen, mi sargento lo leyó rápidamente y lo comparó con el de otro compañero que llevaba tres años ahí, expresando «Emmanuel, mira, Jhoana lleva apenas dos semanas aquí y tú tres años, salió mejor que tú en el examen, ella sabe muchos puntos importantes».

Luego, continuamos con orden cerrado, las mismas órdenes que deben ir, pero con sensaciones nuevas. Mi instructora Tiana nos puso un reto a la hora de marchar, que cada vez que nosotros cometamos un error nos daría una piedra en el bolsillo del pantalón. Entonces los que superan tales límites de piedras, habría un castigo, ya sea plancha por un minuto o tantas lagartijas. No recuerdo cuantas piedras acumulé, pero si fueron varias. Al final el castigo que merecíamos fue plancha.

Posteriormente, tuvimos ejercicios de brazo en el suelo, hicimos lagartijas y para mi mala suerte me hice una ampolla en mis dos manos, era grande la herida y estaba mi mano quemada con sangre. Siempre me he caracterizado por ser una mujer fuerte y valiente, que no se queja cuando todo sale mal, así que solo le dije a mi sargento que me había quemado la mano con el suelo, pues lo mismo le sucedió a mi compañera recluta Nadia, aunque más leve. La instructora, muy comprensiva, nos dijo que omitieron ciertos ejercicios e hicimos plancha.

Capítulo 7. La playera del oso gris

Día quinto en mi lugar preferido, tuve la dicha de que este día fuese la primera vez que portaba la playera gris institucional de los osos grises. Cuando no portaba ningún aspecto del uniforme para saludar a mis superiores, tenía que poner mi cuerpo en firmes. En cambio, con la playera institucional podía hacer un saludo civil como el que se lleva a cabo en los Honores a la Bandera. Y en caso de portar la uniformidad completa podrías hacer el saludo militar.

La mañana dominguera lucía fresca, la niebla disipaba entre los elementos, la misma rutina. La primera clase fue teórica y un poco práctica sobre primeros auxilios, nos enseñaron sobre la presión arterial, cómo sacar el pulso, tomar la presión, también cómo medir la temperatura e identificar fiebre e hipotermia. Tengo muy claro que la sargento Jimena Villarreal nos explicaba en un pizarrón pequeño al aire libre sobre los escalones.

Posterior a esta clase, continuamos con tiro deportivo, mis resultados fueron vergonzosos, pues ninguno de mis tiros entró en la diana, en cambio, mi cadete Nadia una ocasión sacó diez puntos, andaba muy contenta y yo la felicité. Ya tenía más facilidad para manejar el rifle, era cuestión de perder el miedo y práctica.

Luego, vinieron los ejercicios de abdomen y pierna. Se preguntarán ¿por qué se sigue una rutina por los sábados de brazo y los domingos de abdomen y pierna? Fácil, para adaptar el cuerpo y sobre todo los músculos a la rutina de acondicionamiento. Se debía seguir un patrón para evitar desgarres o lesiones de todo tipo. Mi sargento confiaba en mi desempeño y eso yo lo valoraba muchísimo, ella me decía con voz recta «Usted Jhoana, puede estirar mucho más, tiene un cuerpo muy flexible, usted puede dar más», entonces me ayudaba a sacar todo mi potencial en estiramientos moviendo mi cuerpo con sus manos. Lo digo en verdad, esa sargento era magnífica, fortaleció bastante mi autoestima y confianza.

Luego, hicimos una dinámica donde competimos grupo mayor con sanidad, consistía en hacer saltos de un extremo a otro, y avanzaría el integrante del equipo que ganara en el famoso juego «Piedra, papel o tijera». No sé con exactitud qué grupo ganó, pero de lo que estoy segura es que nos divertimos y los rayos ultravioleta se esparcieron sobre nuestros cuerpos.

Últimamente, nos formamos para recibir instrucciones, sin embargo, tan pronto como sentía el calor entre mí, siento una frescura que rodea mi cuerpo en firmes, aguas se transportan sobre mi vestimenta. Sí, era una cubeta de agua que me sorprendió por mi cumpleaños, que había sido un día antes. Era muy agradable sentir los chorros del agua, escurrirse. Mi cadete Laura también fue empapada de agua, pues su cumpleaños había sido el jueves pasado.

Capítulo 8. Una utopía de una soldadito de Olimpiadas

Sexto día en Pentathlón, un sábado tan bello como esos días nublados propios de la época de verano. Mi sargento Tiana profundizó más en la fuerza al marchar, la vista al frente y no al suelo, avanzar en una línea recta, entre otros aspectos.

La instructora había sido campeona en voleibol en las Convenciones Nacionales que organizaba la escuela militarizada. Así que le encantaba darnos clases de técnicas en voleibol, más bien secretos que utilizaba para destacar en las competencias. Ella era una joya de persona, como les platiqué. Desde niña, mi deporte favorito había sido el voleibol, los disfrutaba, sin embargo, no era buena desempeñándome, aunque quizá sí mejor que en otros deportes. Tomar el balón de voleibol, maniobrar con él fue genial, pude mostrar aquella destreza limitada por un profesor que por años me hizo sentir mediocre, sí, mi profesor de educación física de la secundaria. Cada movimiento me hacía sentirme muy plena, como si fuese una atleta olímpica en una competencia entre México y Francia. Dónde el marcador estaba por encima de los franceses, sintiendo el orgullo de ser mexicana. Toda una experiencia inolvidable. Por último, el día cerró con ejercicios de brazo. Los hacíamos en las banquetas del parque, entre los vientos y la naturaleza. Las personas pasaban a un lado de nosotros, nos veían como héroes. Eso llenaba mi ser y sabía que mis decisiones más profundas eran acertadas. Cuando se nos ordenaba hacer lagartijas, gracias a instructores de la Guardia Nacional aprendí a realizarlas. Mi sargento me observó y entre asombros felicitó mi desempeño, pues las cabos no sabían hacerlas.

Capítulo 9. Tiempos de confinamiento, tiempos de instrucción online

Cuando ingresé a Pentathlón, estábamos en tiempos de pandemia por COVID-19, esta se vino en su auge, por lo que la instrucción se suspendió de forma presencial, sin embargo, la llevamos a cabo de forma online. Es necesario admitir que las clases no eran las mismas, los sábados consistían en clases teóricas de ideología y los domingos en acondicionamiento físico. Me gustaban, aunque dejamos a un lado el orden cerrado, nuestra condición se deterioró, se puede decir que Pentathlón se encerró a ejercicios y clases teóricas por la situación mundial. Nosotros, como elementos nos vimos afectados, no progresamos en nuestro entrenamiento, pareciese como si fuese un receso.

Nuestras clases teóricas consistieron en estudiar ejes temáticos como los fundadores, creador del himno del Pentathlón, Ideario Pentathlónico, Ley sobre el Escudo, la Bandera y el Himno nacionales, Manual de conocimientos mínimos, entre otros temas. A mí me fascinaba durar horas y horas acumulando conocimientos de mi querida institución. La instructora nos hacía pruebas o exámenes y yo obtenía resultados aceptables, amaba ello y la plenitud de la sabiduría patriota junto al conocimiento militar me enloquecieron. Mi mayor anhelo era competir nacionalmente en la Convención de Pentathlón, donde se reunían todas las zonas del país y había concursos de diversa índole.

Los domingos hacíamos ejercicios de brazo, abdomen y pierna. Yo los llevaba a cabo bajo los rayos del sol en el patio de mi hogar. A veces los llevábamos a cabo en las mañanas o mediodía, era desgastante, pero valió la pena. Mi condición física estaba en auge, sobre todo por realizar a diario ejercicios de las fuerzas especiales de la Guardia Nacional, me desempeñaba en rutinas pesadas.

Entre tantos fines de semana, solo ingresamos muy pocos. Así que la sargento propuso que cada uno fuera instructor por un día.

Primero, fue turno de mi cabo Marcela, cuyo desempeño fue complicado, pues ella se mareó; después continuó la cabo Teresa, luego me apunté porque nadie quiso. Cuando fue mi turno, cometí un grave error, puse demasiados saltos en el acondicionamiento, aspecto que es cansado porque gastas energía, terminé mareada y agotada. Cabe aclarar que ser instructora es más complicado que solo seguir órdenes, puesto que tienes que explicar los ejercicios y aparte hablar mientras los haces. Es coordinar el ejercicio con la respiración al ordenar, en pocas palabras, es complicado.

Posteriormente, el sargento Iván junto a la Sargento Tiana nos ponían juegos didácticos para no hacer tedioso el aprendizaje, donde había sanciones y premios. Me encantaba lo suficiente para tener un seguimiento de asistencia perfecto, era la que más asistencias tenía de todos, a pesar de ser recluta. Tenía la gran motivación de ascender a cadete de primera.

Era tanta mi felicidad que me hice una cuenta en Instagram y TikTok sobre mi vida en Pentathlón. Llegué a tener muchos seguidores, hasta hice amigos pentathletas de otras partes del país. Les agradaba mi contenido porque era clara y concisa, me comentaban que los inspiraba.

Asimismo, aparecía en las redes sociales oficiales de Pentathlón, en YouTube, Facebook e Instagram. Aparecía en videos marchando, haciendo exámenes, tirando con el rifle, jugando en competencias, haciendo calentamiento y estirando, entre otras actividades. Verme en estas, era un orgullo y mi carrera militar era espléndida.

Pentatlón, sin duda, significaba para mí una carrera militar, el inicio de una larga carrera, puesto que yo deseaba desarrollarla dentro de las fuerzas armadas mexicanas, sobre todo en el Cuerpo General de la Secretaría de Marina como contraamaestre, para navegar y surcar las aguas de los mares del país y el mundo.

Capítulo 10. El regreso de la plenitud

La instrucción presencial volvió tan pronto y mis deseos de ser militar aumentaron. Papá estaba muy ilusionado de que su hija fuese pentathleta, a tal grado que me llevó a la tienda de artículos militares a comprar unas botas de color negro. Aún no las utilizaba en instrucción porque me hacía falta el pantalón granadero, mi cinto, fajilla y gorra cuartelera.

En tiempos de confinamiento pedí a Casa Penta una gorra deportiva, así que ya tenía con qué proteger mi rostro de los rayos ultravioleta.

Solicitamos pedido de uniforme con el sargento de sanidad Mario, encargado de los pedidos de Ciudad de México. Pronto recibiría mi uniformidad completa, así que quizá mi sueño de saludar militarmente sería toda una realidad espeluznante y cautivadora.

El primer día de regreso a instrucción presencial, mi sargento Tiana no se presentó, a lo que estuvimos a cargo del sargento de la policía militar y deportiva Fabio. Primeramente, tuvimos clase de ideología bajo un tejaban donde se asaba carne. Nosotros como elementos nos adaptamos a cualquier ambiente. Yo era una sabia en temas militares, pues solía pasar mis noches viendo videos del medio castrense y aprendiendo de cada aspecto. El sargento preguntó «¿Qué es la Patria?», yo tan llena de entusiasmo levanté la mano y dije: «Es la nación de cada uno, desde sus tierras, mares y espacios aéreos, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras; es la voluntad de un pueblo de afirmar su estilo de vida. En ella se integran todos los individuos y todas las clases», la cara del instructor quedó sorprendida, pero no lo suficientemente como después lo estaría cuando preguntó otra cuestión: «¿Qué es la disciplina?», de nuevo levantó la mano, puesto que ni mis cabos ni cadetes sabían, respondí: «La disciplina es la norma a que los militares deben ajustar su conducta; tiene como bases la obediencia, y un alto concepto del honor, de la justicia y de la moral, y por objeto, el fiel y exacto cumplimiento de los deberes que prescriben las leyes y reglamentos militares», tal cual así lo dije. Todos voltearon a verme como si fuese la hija del Secretario de la Defensa, pero para mí era algo normal. Mi sargento me pregunta «¿Verdad que competiste en ideología en la Convención Nacional pasada?», mi respuesta fue negativa. Jamás había tenido esa dicha, pues la pandemia no permitía hacer Convenciones con otras zonas del país y yo aún era recluta para competir, era la nueva. La envidia se hizo resonar entre mis cadetes Laura y su amiga cadete Jimena, se rieron de mí cuando cada uno comenzó a decir su grado militar en la institución, pues el sargento no nos conocía y creía que todos éramos cadetes, pero algunos expresaron que eran cabos, y yo que era recluta, en cuanto dije eso, ellas movieron los ojos y empezaron a reírse en discreción, el instructor no lo notó entre tantos que éramos. Desde entonces ellas dos no me agradaban y sabía la clase de compañeras que tenía. Así que mi sombra solamente era la recluta Nadia.

Posteriormente, hicimos acondicionamiento físico en otro sitio, cerca de un zoológico que se encontraba allí. El piso era caliente, mi compañera para llevar a cabo los ejercicios era la cadete Jimena, nos apoyamos para culminar los ejercicios pesados, ella había sufrido secuelas por el COVID-19, a lo que se le complicaba cada movimiento. Yo le daba ánimos y ella a mí. Por último, tuvimos tumbling, ya que el sargento era experto en este tema. Esta actividad no me llamaba la atención, pero era aceptable. También trotamos alrededor del malecón, no me fatigué, mi condición estaba a la altura, eso me hacía sentir lo suficientemente hábil.

Capítulo 11. Mi sombra Abigail

Transcurrieron los fines de semana. La cadete de primera, Abigail, formaba parte del grupo juvenil, pues tenía 15 años de edad, solo que, al cumplir los 16 años, la pasaron al grupo mayor y se convirtió en mi compañera, más que eso, era mi mejor amiga y sombra. Aún recuerdo cuando la conocí, me confesó que su sueño era ingresar a una escuela militar de la Secretaría de la Defensa Nacional, aunque eso no era posible porque padecía tiroides. Al mismo tiempo le conté mi pasado y el deseo que tenía por ingresar a la Secretaría de Marina, las dos nos entendíamos perfectamente. Si nos dejaba un trabajo en equipo mi sargento Tiana, ambas lo hacíamos juntas, una ocasión nos tocó hablar del aspecto espiritual y material del Pentatlón, ambas expusimos a nuestros compañeros. Otras ocasiones nos apoyamos para hacer los ejercicios que nos ordenaban, ella me echaba porras, me subía la moral. A lo que la recluta Nadia, se entristecía porque creía que la hacía a un lado. Una ocasión, fuimos a la farmacia Abigail y yo a comprar un té, a lo que Nadia se quedó sola y no la invitamos, creo que estuvimos mal, pues éramos amigas las tres. En las clases de defensa personal nos apoyamos, a pesar de culminar con moretones en el cuerpo, aunque era novedoso y sensacional.

Aún no olvido el día que me dijo Abigail «Quiero tener músculos» y yo riendo le afirmé lo mismo, éramos tan parecidas.

Otra ocasión, Abigail faltó por exámenes y proyectos en su escuela, así que mi sombra era Nadia, ese día jugamos voleibol, a mí me fascinaba como ya lo saben, por accidente un compañero golpea con el balón a mi compañera, fue en su cabeza junto al oído, se aturdió, no se sentía bien, fui a ayudarla, ella me abrazó, sentí una conmoción porque era mi sombra también, fui su apoyo cuando lo necesitaba. La llevé a sanidad abrazada, hasta que mi sargento Tiana se percató, fue y me ordenó continuar en la actividad, teniendo que abandonar a Nadia. El compañerismo en Pentatlón es tan hermoso, que no tengo palabras para explicarlo, escribirlas se queda corto a comparación de vivirlas. Cuando culminamos la práctica fui a buscarla y le ayudé, su madre llegó y nos despedimos.

También hacíamos prácticas de técnicas de basquetbol con el oficial Mercado. Y mi instructora nos grababa muy contenta con su celular cada cosa que hacíamos.

Capítulo 12. Un picui en mi rifle

Una tarde de un sábado, en la práctica de tiro deportivo, tomando el rifle y preparándome para disparar, comencé a escuchar un canto precioso, más que los cantos de una orquesta, era un pájaro de nombre «Picui», el cual me hace recordar a mi abuela «Papá Manuel», quien vivió encantada por sus sonidos resonar por los aires. Cuando era una cursante de secundaria, viendo videos de la Heroica Escuela Naval Militar, se escuchaba a lo lejos sus chiflidos, me conmocionó, me recordó a mi infancia dura con la partida de mi abuelo paterno. Es decir, ver a los infantes de marina con sus hermosos uniformes de camuflaje, sus pistas de adiestramiento y aún más observar a las damas de marina, era tan extasiado. Yo sabía que había nacido para la escuela naval y ella para mí, pero me equivoqué. En fin... Volviendo a la clase de tiro, justo recordar al abuelo y a mi amada naval, ¡Dios mío! Casi se me salen lágrimas de mis ojos, lloré, pero no lo exteriorice, sí, lloré en mi interior y un cauce de dolor ante un pasado y futuro incierto se adueñó.

Así que me atrevo a decir que un picui se enredó en mi rifle, sí, solo en el mío, pues este pájaro sabía que necesitaba de él, lo suficiente para agradecer un pasado, valorar el presente y vivir el futuro con esperanza. Fui una pentathleta tan llena y revuelta de emociones encontradas.

Así que escribo lo siguiente porque lo deseo:

«Papá Manuel, recuerdo cuando partiste de aquí, papá llegó a casa dando la noticia desgarradora y yo escuché el llanto doloroso de mamá que partía el alma. Papá besó tu cabello y yo antes de que te enterraran te acaricié el cachete. Recuerdo que cuando estabas en las últimas, un pajarito chiflaba, era la primera vez que conocía a ese pájaro, ahora cada vez que lo escucho chiflar me acuerdo de ti abuela, y más cuando lo escucho en Pentathlón. Yo sé que solo ríes y me dices “Mami, estoy bien”. Mamá Ana, una tarde en el Pentathlón, en la clase de tiro deportivo viendo el cielo nublado, vi los árboles debajo de las nubes, te hablé diciendo que la última vez que nos vimos fue el día del niño, yo era una niña de 9 años llena de miedos e inseguridades, pero que ahora era una mujer que iba venciendo y que al fin había cumplido mi sueño de ser pentathleta y casi lloraba pero disimulé. Ser pentathleta va para ti abuela porque te amo y te extraño. Me despido de ti como lo mereces, pero quiero que sepas que por mi parte nunca serás olvidado y que te honraré cada día de mi existencia».

Capítulo 13. Soy una bandero que toca feliz

Tengo un sueño frustrado en mi interior, sí, aquel deseo ilusionado de formar parte de la banda de guerra «Águilas de acero» del Pentathlón, pero más allá de todo esto, la melancolía surge, ¿por qué? Imagino que toco sin fin mi tambor, siendo una bandero feliz. Entonces, está una colina llena de soledad, ahí toco con mis compañeros, las notas erizan las pieles, pero sobre todo la mía. A lo lejos y alto de la colina, alguien me contempla, sí, con esa mirada de amor, en la cual usar palabras no es necesario. Así es, yo tan solo toco mi tambor y en mi postura se que allá, justo encima de la colina están ellos, mis queridos abuelos paternos, sí, mi mamá Anel y mi papá Manuel. Ambos sienten el orgullo en sus venas, aquel orgullo de verme uniformada haciendo lo que más amo, la felicidad reluce, y lágrimas ruedan por mi rostro mientras las notas de guerra me hacen volar como una gaviota en medio del puerto, encima del Buque Escuela Cuauhtémoc, el dichoso embajador y caballero de los mares. Un vuelo que deseo emprender y hacer realidad.

Tengo la certeza de que el cielo caerá cuando mi ser se haga realidad, sí, todo aquello perdido se recupere, sí, todos los sueños, anhelos y metas. Sé que el cielo va a torcer cuando mis abuelos me observen desde lo lejos de la colina mientras golpeó los tambores de la banda de guerra de mi querido Pentathlón. Estarán como hombres solitarios y nostálgicos pero orgullosos de su Jhoana, porque sé que a pesar de mi condición puedo lograr bastante, mis abuelos y yo nacimos para ser hombres de guerra y vaya que Dios lo aprueba.

Capítulo 14. El auge de mi vocación militar

Cada día era diferente, era increíble. Lo único que se repetía era acondicionamiento físico. Podía tratarse de un día de rapel, tiro deportivo, instrucción militar, natación, equitación, juegos recreativos, academias ideológicas, clases de primeros auxilios, trote alrededor del río, tumbling, defensa personal, deportes. Toda palabra es válida para caracterizar mis días ahí, excepto aburrimiento y sus sinónimos. Cabe aclarar que las actividades dependen de acuerdo al grupo al que perteneces, puede ser policía militar, sanidad, grupo mayor, deportiva, menor infantil, menor juvenil. Como ya lo mencioné, yo pertenecía al grupo mayor.

Una ocasión me cuestionaron si me gustaba más Pentatlón o el Ejército, yo respondí con sinceridad franca: «Me gustan ambos, pero mis vivencias hacen que me incline más por Pentatlón por lo que he vivido allí y, en cambio, en el ejército no he transcurrido momentos. Aunque pienso que este último parece genial. Cabe aclarar que mi institución no busca duplicar ni imitar a las fuerzas armadas, mucho menos ser un grupo militarizado que le haga competencia». El hecho que me hicieran esas clases de preguntas, llenaba mi ser y me hacía sentir esplendorosa y orgullosa de lo que me había convertido.

Recuerdo un día lleno de nostalgia e inspiración, cuando marchaba en paso redoblado con mis compañeros y estaba un elemento de la guardia nacional a causa de la vacunación por COVID-19, que se llevaba a cabo a un lado del cuartel. Este elemento nos observaba con nitidez desde lejos y eso llenó mi corazón como miles de meteoros visitándonos por los cielos. Era revivir un canto celestial de serafines y querubines. También otra ocasión, un integrante de la Guardia Nacional, desconozco si era él mismo, contempló jugar a los quemados, muy entretenidos y éramos felices, el compañerismo se hacía resonar a grandes escalas.

Un momento repleto de inocencia que jamás olvidaré tampoco fue al hacer pista campo traviesa, una niña me observa con inspiración, le dice a su padre «Mira papá a la joven», yo portaba mi uniforme deportivo, no encuentro las palabras específicas para describir dicho momento.

Incluso cuando hacíamos trote, las personas nos veían con asombro y nos comentaban: «Ustedes prepárense para representarnos en la guerra de Ucrania y Rusia, ustedes pueden».

Capítulo 15. Ideas y creencias religiosas

Me retiré de Pentathlón justo en noviembre de 2021, justo en el día de muertos, cuando mi sargento Tiana nos pidió llevar ofrendas para el altar que realizaríamos. Mi vocación por el medio militar se enfrió, pero ¿por qué? Quería ser religiosa o monja en la Iglesia católica, a lo que me propuse ser catequista en una parroquia cercana a mi casa, pues sabía que si quería consagrarme a Dios debía tener un apostolado. Creí que lo único importante en esta vida era agradar al Creador y servirle enteramente, así que puse pretextos como que el entrenamiento es duro, me puedo fracturar o lastimar, me expongo bastante a los rayos del sol. Según yo estaba tomando una decisión acertada, jamás pensé en el lío que me adentraba, el comienzo de un duelo de pasión.

Mi sombra Abigail me escribió semanas después, se preocupó de mi ausencia. Le mentí, dije que estaba muy enferma de depresión, sin duda la preocupé más. Sí, tenía diagnóstico depresivo; sin embargo, no estaba en mis peores días. Claramente, sentía necesidad de volver a la instrucción, pero el deber religioso me llamaba.

Capítulo 16. ¡He vuelto para perecer!

Volví a mi querido Pentatlón, era un domingo, estaba nerviosa. La única persona que estaba enterada de mi regreso era la sargento Yuditsi, una compañera que tuve desde el principio, solo que antes era cabo y ascendió a sargento en mi ausencia. Cuando llegué estaba la cadete Laura, ya iba con mi uniforme, estrenando mis botas por primera vez, se sentía tan pleno portarlas, sin duda eran pesadas. Me impresioné al ver el asombro de todos, al verme llegar, me reconocieron. Mi cadete, Laura, me señaló como debía ir correctamente la uniformidad, pues tenía dudas sobre ello. Ese día mi instructora Tiana no se presentó, pero el sargento Iván se hizo cargo del grupo. Tuvimos actividades como atletismo, acondicionamiento físico, trote, entre otras actividades.

El fin de semana siguiente, llegué al cuartel y vi a mi sargento Tiana, ella en cuanto me vio se acercó a mí, se sorprendió de verme ya de uniforme. Cuando estuvo más cerca, la saludó militarmente y le dije «Buenas tardes, mi sargento», ella respondió mi saludo respondiendo «Buenas tardes, Jhoana, ¡volviste! Prepárate, en un par de minutos nos reunimos». En ese momento me sentí satisfecha y sabía que no había defraudado a mi instructora.

El sargento Villarreal nos impartió la actividad «Sigue al instructor», escalamos obstáculos en tierra hasta en las alturas. Mi respiración aumentaba cada vez más, parecía que mi corazón ya no podía latir más fuerte. Recorrimos kilómetros a lo largo del río y malecón. Y aparte teníamos que regresar al cuartel a trote. Mi cadete Laura y yo no podíamos continuar, sin embargo, mi sargento Tiana nos decía técnicas para seguir. Llegué al cuartel con bastantes estornudos y gripe, pienso que era alergia, ya que no soy compatible con el polvo y el polen.

Llegué a casa y estaba peor cada día. Seguían los próximos días de instrucción y se complicaba mi salud respiratoria. Antes no me ocurría eso.

Llegó el campamento a la playa, se integró una compañera nueva, tuve que ayudar a formar las carpas con tubos pesados. Incluso recuerdo que la cadete Abigail ya no asistió, solo la recluta Nadia, quien sería mi única sombra; ella me enseñaba a amarrar las botas correctamente y un día nos regañó el sargento Villarreal por no ir a formación, pues no nos percatamos de ello, lo bueno que hubo sanción.

Sentía una identidad más fuerte con la institución, pues todos me conocían, hasta los oficiales.

Capítulo 17. La Convención Nacional

Un día, cuando estaba en orden cerrado, mi sargento Tiana me ordena ir con el comandante Gómez al interior del cuartel, no sabía de qué se trataba, tuve nervios, me pregunté: «¿es un ascenso? ¿Un regaño? ¿O me invitarán a la Convención Nacional?» Pues todos hablaban en el receso de dichas competencias en Toluca.

Me presenté de forma inmediata y pregunté por el comandante, había llegado al sitio correcto. Me preguntó mi antigüedad, grado, promedio en la universidad y preparatoria, disponibilidad y gusto por la ideología, oratoria y declamación. Respondí acertadamente rápidamente, sin dudar, estaba muy ilusionada. ¿Acaso yo competiría con otras zonas del país? Me dio un cuento para narrar y declamar. Todo concluyó con que el día siguiente me avisaría si era apta. Tenía una autoestima detestable, no quería darme falsas ilusiones, así que me recalqué que no sería escogida. Los nervios durante la tarde y noche de ese sábado no me dejaban vivir en paz, la misma cuestión vagaba por mis pensamientos.

Llegó el gran domingo, si nadie me decía algo, significaba que no fui elegida. Pasaban las horas en instrucción, hicimos acondicionamiento físico de pierna y recorrimos dos veces la pista campo traviesa. Y nada, un eco de dolor y angustia me invadía. Hasta que el oficial López, encargado de la zona se acerca a mí, me llama por mi apellido paterno y me invita a buscar al comandante Gómez. Estaban reunidos varios compañeros, entre ellos la recluta Nadia y la nueva compañera. Fuimos seleccionadas, solo hacía falta que nosotros aceptáramos los gastos que requerían el viaje a la ciudad de Toluca. Yo acepté, estaba dispuesta a convencer a mis padres. La emoción de la sabiduría era grata. No podía creerlo, era como vivir un sueño.

Pasaron las semanas, mi salud respiratoria empeoró y por desgracia lo dejé todo, sí, dejé lo que significó todo para mí en algún momento.

Capítulo 18. Escribo con mi propia sangre

Ahora que arrastro el bolígrafo sobre el papel, parece que no fui yo la que vivió esos encantos del cielo. Encontré mi plenitud y hoy sollozo por ella. ¿Qué ocurrió? Se suponía que me llenaba estar ahí, pero como siempre sucede, al menos así lo percibo, lo maravilloso se transforma de alguna u otra forma. Mi Dios me concedió el don de la escritura, ahora le rindo homenaje y me hincó a adorarlo con cada letra que lees. Por supuesto que era más que feliz en Pentathlón, nada en esta vida me ha hecho tan gozosa como estar portando mi uniforme, botas y gorra cuartelera. En fin, creo que lloraré...

¿Qué sucedió? Es la primera vez que me atrevo a escribir más a detalle esta verdad tan amarga como el cáliz. Enfermé, mis pulmones casi dejaban de funcionar, mis respiraciones eran miles por segundo, una tos como la tuberculosis me invadía, estornudos por todas partes se hacían resonar. No podía, cada ejercicio me costaba más. Desde el trote, recorrer la pista campo traviesa hasta las veinte carreras en la pista de atletismo... Traté de permanecer y sobrevivir, pero llegó ese maldito día, el día que la gaviota con alas de guerra cedió que se las cortaran. ¿Por qué lo permití si el éxtasis llegaba a mí cada día de instrucción? ¿Quién me cortó las alas? Fue él, un sargento de nombre Gustavo, nos sacó a trote alrededor de las aguas

estáticas del río, mis pulmones ya no respondieron, a pesar de ello la presión del sargento seguía, no tengo ni la mínima idea de cómo llegué viva al cuartel, permití que cortaran mis alas. Esas alas tan bellas que superaron miles de batallas y fueron galardonadas con la insignia mayor. Ahora solo siento que la tinta con la que escribo se transforma en sangre, sí, escribo a puño de mi propia sangre, ¡AYUDA!

Aunque me consuelo y revivo cada momento pensando que en instrucción dejé a un lado los vestidos y tacones por un uniforme y botas. De hecho, es común que el ser humano se espante por damas que buscan lo diferente, que abren puertas donde solo hay hombres. Algunas féminas que han tenido el valor fueron discriminadas, señaladas, denigradas socialmente, las nombran como «lesbianas». A mí me lo han dicho reiteradamente y sé que no es cierto, sigo en la lucha con orgullo y la frente en alto. Quiero dedicar todos esos días de pelea por todas las personas que no encajan, que son desplazadas. Que sepan que no están solos. También se los quiero dedicar a todas las mujeres incómodas, a las que con su simple presencia imponen, que hablan fuerte, que ríen, que van más allá.

Quiero ser forjadora de sueños, que mis palabras motiven, pero que mi ejemplo y actuar día con día inspire. Estoy muy agradecida con todas aquellas personas que confiaron en mí. Siento que un mar de lágrimas sale de mis ojos, estoy tan triste como feliz que esto parece un sueño. Gracias a todos los que me apoyaron pude demostrarme a mí misma que sin importar las debilidades del pasado pude darle vuelta a mi vida con mis propias manos. Pentathlón es de las mejores cosas que me han pasado en mi vida, estoy agradecida con el Creador por haber encontrado mi lugar, aunque ya no esté en él.

Ahora solo veo mis botas en el suelo, sucias, abandonadas, me parte en el alma, tan solo sé que esas botas pisaron rumbos y caminos que hoy sollozo. Si no hubiese permitido que me cortaran las alas, hasta dónde hubieran llegado esas botas, sí, esas benditas botas, que las amo con toda mi alma. Botas que resurgieron emociones en mi interior miles de veces. Botas que me vieron suspirar de llanto y dolor cuando esta gaviota se quedó sin alas. Botas que quisieron volar por los

mares de la vida y que no pudo, pues sus bellas alitas estaban perdidas en lo más profundo del océano azul.

Capítulo 19. Volé con alas de paracaidista

Hace tiempo, tuve un sueño, que más allá de definirlo así, siento que fue una visión de amor, esa clase de visión que se forma de un cúmulo de sensaciones, tristezas, alegrías, recuerdos. Soñé sobre mi regreso a la institución, era magnífico, era habilidosa, saltaba por la pista militar de obstáculos con mi uniformidad completa. Se sentía tan real y excepcional, es inexplicable. Escribo esto con dolor, pues solo era una visión de un sueño. Allí estaba mi querida sargento Tiana, dándonos órdenes, cuánto la extraño.

Me daban elogios por mi destreza militar, era tan magnífico sentirme temeraria y una mujer de guerra. Jhoana era toda una dama pentathleta.

Posteriormente, nos dieron la orden de que la actividad siguiente era práctica de paracaidismo. ¿Acaso esto es real? Sabía que no, pero al mismo tiempo estaba tan confundida, puesto que no sabía distinguir. El sueño era extraño pero lleno de éxtasis. Me tuve que subir a un álamo, donde tenía puesto el paracaídas para hacer una práctica, desde las bandas, el arnés, las líneas de control, la campana y los cordones puestos en su sitio correcto. Dan indicación de saltar, yo me lancé, sentir los vientos en mi cuerpo pesado, la adrenalina, la cercanía del cielo, pero al mismo tiempo dije entre mí: «Gracias, Creador del Universo por permitirme ser tu hija, por convertirme en pentathleta y en una paracaidista, también gracias por poder estar cerca de mi mamá Ana y papá Antonio, los siento tan cerca de mí mientras el vacío me consume». Luego de esta experiencia extraordinaria y fuera de lo existencial, descendí en un río con aguas cristalinas, sentir el agua fresca después del peso del paracaídas era tan necesario y gustoso. Pero más allá de todo estaba gozosa como nunca lo había estado.

Cuando el sueño terminó, desperté, las lágrimas se dejaron caer por sí solas en medio de la madrugada fría de invierno. ¡Suspiros, sí, malditos suspiros!

Capítulo 20. Cadete Carlos, profesor Paco, instructor Santiago

Encaminada en las letras, comencé una intensa actividad literaria: desde entrevistas a escritores, talleres, becas recibidas, colaboraciones con revistas, el lanzamiento de mi libro, entre otras. Todo funcionaba bien, hasta que me propuse relatar sobre Pentathlón y la melancolía llegó cuando descubrí que las letras me aman y yo las desprecio, Pentathlón no me necesita y le añoro, sí, esa es mi triste realidad. Son los sentimientos de quien fue pentathleta.

Llevé a cabo un taller, mi cadete Carlos se unió al grupo que formé. Entre tantas, me solicita ayuda para crear un cuento sobre el Pentathlón, le di ideas geniales que yo hubiese utilizado. Como que fue el inicio de una charla de confianza. Después me pidió ayuda en una decisión importante que debía tomar como elemento. Él sabía que ya no formaba parte de ellos. Entre ese ritmo de conversación, le comento que inicié a escribir este libro, me pide que se lo muestre, lo lee detenidamente y al finalizar me expresa: «Mira, mi hermana penta, tú puedes, el miedo está solo en la mente de cada uno, échale fibra, nunca te desanimes, recuerda que eres y serás oso gris para siempre». Eso me levantó la moral, era mi nueva sombra y aprecio bastante sus palabras.

Con lo anterior, decidí continuar escribiendo de la dichosa institución. Entonces fui ahí que recordé al profesor de inglés Paco de mi secundaria, tecleé su nombre completo en Facebook, me apareció y le envié un mensaje saludándolo, inmediatamente me responde, comenzamos a conversar muchos temas, hasta que yo involucro el tema militar, él me pregunta «¿Ya fuiste a Pentathlón?», acerté en mis palabras. Solo que le platiqué de mi situación de salud, él concluyó que fue COVID-19, puesto que le sucedió algo similar. Me comentó que el instructor Santiago de la unidad Teniente Gonzalo Hidalgo era muy accesible y comprendería mi situación. Le conmovió mi forma de expresión: «Nada me llena más que lo militar, ni escribir se compara con mis días en el Pentathlón». Me sugirió volver y ser militar en las fuerzas armadas en un futuro. Esa conversación me generó muchos destellos en el corazón.

A la mañana siguiente, le escribí al instructor Santiago de la banda de guerra «Águilas de acero», yo le expresé mi inquietud interior, él comprendió perfectamente tal y como lo dijo el profesor Paco. Le dije: «Instructor, pienso regresar, Pentathlón me parece algo maravilloso en mi vida, no tengo palabras para explicarlo». Él me respondió «Si gustas aquí estamos en la base, sobre los pulmones no te preocupes, a como te vayas sintiendo nos vas diciendo». Sentí que Jhoana volvía a su ser.

Desde entonces, le comenté a mi familia mi deseo de volver a la instrucción, solo que tenemos problemas económicos y debo ser paciente., pues el traslado requiere gasto.

Tan solo me queda esperar y practicar en casa, para no cometer el mismo error de permitir que me corten las alas. De lo que estoy segura es que quiero volver, deseo continuar siendo una oso gris y águila de acero, aunque me tenga que costar lo suficiente.

Lo pentathleta nadie me lo quita, ni el sargento Gustavo, yo tengo un sello eterno de la Bandera Guion en el corazón.

EPÍLOGO

Fue un domingo por la mañana, me amarré mis tenis. Me coloqué mi cinto con porte y firmeza propia de un elemento castrense. Mis pasos estaban tan repletos de decisión, me encaminé hacia un nuevo cuartel, sí, hacia la Unidad Teniente Gonzalo Hidalgo. No debo mentir, pero un cúmulo de nervios y sensaciones de ilusión se hacen depositar en mi ser. Espero ascender hasta donde Pentathlón me permita, ser una buena elemento. Sé que necesito vocación y es algo que me sobra completamente. Esto es Pentathlón Deportivo Militarizado Universitario, es una escuela militarizada y tienes que venir preparado. En pocas palabras, he vuelto a mi honorable institución. Soy una oso gris supersónica, sí, superó la barrera del sonido mismo.

Se trata de un 5 de marzo de 2023, llegó a mi nueva unidad, recibo noticias de que la instrucción de ese día domingo sería en la Unidad Edgardo del Rincón Camacho, así que fue de imprevisto que tomé un DiDi, acompañada de una compañera del grupo juvenil, nos dirigimos hacia allá llegando atrasadas diez minutos. En el camino, los regaños ya revoloteaban por mi cabeza, pues no era bueno ser impuntual, aunque en mi caso estaba justificado. Al llegar estaba allí, mi ejemplo a seguir, la sargento Grecia, una joven que conocí desde secundaria y la admiré siempre sin haberle dirigido una palabra. Hasta ese día tuve la dicha de preguntarle: «Sargento, ¿en dónde me incorporo? Antes estaba en esta unidad, pero me cambié de casa y ahora fui con la unidad Teniente Gonzalo Hidalgo», ella con su seguridad que tanto me inspira, me dirigió con el sargento Mario, intenté buscarlo. Luego me acercó al comandante Santiago, el mismo con el que ya había hablado. El instructor Santiago me dijo: «Escoge: sanidad, defensa personal o deportiva». Es una decisión complicada para mí, pero ya tenía experiencia en las tres áreas con mi anterior sargento Tiana, así que descarté defensa personal debido a que odiaba esos movimientos y aparte el tener que trotar más. Por otra parte, la deportiva, soy detestable en los deportes, trotar y correr, me cansaban mis desgastados pulmones. Así que la mejor opción era sanidad, esa elegí.

Me incorporé al grupo de sanidad, quienes estaban haciendo calentamiento para acondicionamiento físico. Me gustó la idea, pues este grupo se encarga de los primeros auxilios, admito que no me agrada ver sangre, pero uno como pentathleta se somete a perder cualquier clase de miedo.

Luego, nos pusimos a hacer carreras hasta un punto determinado, trotamos, hicimos pista de obstáculos entre los mismos compañeros, cargamos a nuestra pareja alrededor de una cancha. Para mí fue un reto, aunque mi compañera era delgada, soportar el peso en mi espalda fue difícil. Llegó un punto en qué sentí que mi vista se llenaba de estrellitas, estaba mareada, comencé a aturdirme. Tenía miedo, mucho miedo, pero me motivé y dije: «Tú puedes dar más, el límite está en tu mente, confía en tu fuerza mental». Por suerte, el sargento Mario nos puso a hacer ejercicios de respiración, me cayó de maravilla y se me desvanecieron aquellas estrellas. Regresamos al cuartel en trote. Tomamos un descanso.

Después, nos reunieron al mayor femenino para invitarnos a la Convención Nacional en la Ciudad de México en las pruebas deportivas, claramente yo no tenía interés alguno.

Luego, nos reunimos de nuevo para hacer un examen ideológico, en el cual salí con 6.5 de calificación, claramente no estudié, ni enterada estaba.

Por último, hicimos un ensayo de la Jura de Bandera que habría el fin de semana siguiente, pues irían personajes importantes, incluso hasta generales del ejército. Habría entrega de nueva Bandera. Y sí, estaba la banda de guerra, al fin cumpliría mi sueño de saludar en firmes como una soldadito con las notas de guerra. Siempre fue un deseo en mi corazón portar mi uniforme de medio militar con estos toques tan extasiados.

El medio militar siempre lo tuve muy presente en mi corazón. Desde pequeña tengo ese sueño, cuando iba en la escuela primaria escuché hablar de militares gracias al padre de una amiga, desde allí surgió la idea de trabajar para lograr este sueño. Para mí, la esperanza siempre permanece como una llama ardiente, todo lo que deseé en mi niñez lo estoy obteniendo poco a poco. El medio militar me lo ha dado todo, ese encuentro de las entrañas de mis sueños.

Mi familia creía que sería una princesa, pero se equivocó, mi futuro se sumerge en rifles, tiros, camuflajes, órdenes, taconeo de botas... No todas las mujeres deseamos el halago, hay que forjar el carácter, orientar la agresividad, manejar la frustración y ser perseverante.

Aún recuerdo cuando mi madre me dijo: «Hija, ¿qué necesidad tienes de tener moretones en tu cuerpo por ir a instrucción?», yo tan solo sonreí y le dije con un rostro repleto de plenitud «Mamá, es parte del medio y eso lo que me gusta hacer, así se forja el carácter».

Así que ni aguantar las lágrimas, ser pentathleta es la meta de mi vida. Siempre lo tuve clarísimo que estaría uniformada de alguna u otra forma.

Me atrevo a culminar este libro con un día sábado 11 de marzo de 2023 con la ceremonia del 78 aniversario de la XXV Zona Sinaloa y reposición de la Bandera Nacional.

Son las 6:00 de la mañana, la quietud toma por asombro mi ser. Me pongo de pie, me pongo mi playera institucional, mi pantalón granadero, mis botas con un brillo especial, la gorra militar, el cinto y la fajilla. Es un gran día, mis compañeros hacen jura de Pentálogo, hay reposición de la Bandera Nacional. Hacemos un juramento a nuestra insignia nacional, protestamos cuidar y defender la Bandera hasta perder la vida o alcanzar la victoria.

Justamente en ese precioso día pude vivir uno de los momentos más extasiados de mi vida, pues saludé a mi lábaro patrio en firmes con el saludo militar.

CONTACTO

Si tienes esa chispa de descubrir más allá de esta obra, te tengo una gran noticia, al estar basada en hechos reales, yo misma te puedo dar una continuación especial a este libro. Tan solo escríbeme a mi correo: jhoana.chaidez.uacc@uas.edu.mx

Espero sus comentarios y con gusto les dejo mis respuestas.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco enormemente a mi estimado Pentatlón Deportivo Militarizado Universitario, a la Zona XXV Sinaloa, y en específico a mi Sub-Zona Culiacán.

A mi querida familia nuclear: papá, mamá, hermana y a mis abuelos paternos.

A todas aquellas personas que contribuyeron en la elaboración de este libro.

Correo electrónico: jhoana.chaidez.uacc@uas.edu.mx